

Philippe Claudel

ALMAS GRISES

Traducción del francés de
José Antonio Soriano



Título original: *Les âmes grises*

*Obra publicada con la ayuda del Ministerio de Cultura francés
(Centro Nacional del Libro)*

Copyright © Editions Stock, 2003

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2005

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-7888-932-7
Depósito legal: B-11.067-2011

1ª edición, febrero de 2005
9ª edición, marzo de 2011
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

«Estoy ahí. Mi destino es estar ahí.»
JEAN-CLAUDE PIROTTE, *Un voyage en automne*

«Ser escribano del tiempo
un ayudante al que se ve vagar
cuando se mezclan el hombre y la luz.»
JEAN-CLAUDE TARDIF, *L'Homme de peu*

a la memoria de André Vers

1

No sé muy bien por dónde empezar. Es realmente difícil. Todo ese tiempo ido, que las palabras no harán volver jamás, y también los rostros, las sonrisas, las heridas... Pero aun así debo intentar decirlo. Decir lo que me roe el corazón desde hace veinte años. Los remordimientos y las grandes preguntas. Tengo que abrir el misterio con bisturí, como si fuera un vientre, y hundir en él las dos manos, aunque nada cambie nada de nada.

Si me preguntaran cómo puedo conocer todos los hechos que voy a contar, respondería que los conozco, y basta. Los conozco porque me son tan familiares como la caída de la tarde o la salida del sol. Porque me he pasado la vida queriendo juntarlos y recoserlos, para hacerlos hablar, para escucharlos. En cierto modo, ése era antaño mi trabajo.

Voy a hacer desfilar muchas sombras. Una de ellas ocupará a menudo el primer plano. Pertenecía a un hombre llamado Pierre-Ange Destinat. Fue fiscal en V. durante más de treinta años y ejerció su profesión como un reloj que jamás se conmueve ni se avería. Todo un arte, sin duda, de los que no necesitan museos para hacerse admirar. En 1917, en la época del «Caso», como se lo llamó

aquí, subrayando la mayúscula con suspiros y aspavientos, tenía más de sesenta años y llevaba uno jubilado. Era un hombre alto y seco que semejaba un pájaro frío, majestuoso y distante. Hablaba poco. Imponía mucho. Tenía ojos claros, que parecían inmóviles, labios finos, sin bigote, frente despejada y pelo gris.

V. está a unos veinte kilómetros de aquí. En 1917, veinte kilómetros eran todo un mundo, sobre todo en invierno, y sobre todo con aquella guerra que no acababa nunca y que había traído a nuestras carreteras un gran estrépito de camiones y carretones de mano, acompañado de pestilentes humaredas y explosiones a miles, porque el frente no estaba lejos, aunque, desde donde nos encontrábamos nosotros, era como un monstruo invisible, un país oculto.

A Destinat se lo conocía por distintos nombres según el sitio y la gente. En la prisión de V., la mayoría de los internos lo apodaban «el Chupasangre». En una celda, había incluso un dibujo que lo representaba, tallado en la gruesa puerta de roble. Debo añadir que el artista había tenido tiempo de sobra para admirar a su modelo durante los quince días que duró su juicio.

Nosotros, cuando nos encontrábamos con Pierre-Ange Destinat en la calle, lo llamábamos «señor Fiscal». Los hombres se descubrían y las mujeres humildes doblaban la rodilla. Las otras, las importantes, las que pertenecían a su mundo, bajaban la cabeza ligeramente, como los pájaros cuando beben en los canalones. Ninguna de aquellas muestras de respeto le producía el menor efecto. Destinat no respondía, o lo hacía de manera tan leve que había que llevar cuatro pares de gafas con los cristales impolutos para apreciar el movimiento de sus labios. No era desprecio, como creía la mayoría de la gente; era, pienso yo, simple indiferencia.

No obstante, hubo alguien que casi llegó a entenderlo, una joven de la que volveré a hablar y que lo había apodado, aunque sólo para sí misma, «Tristeza». Puede que todo ocurriera por su culpa, pero ella jamás lo supo.

A principios de siglo, un fiscal aún era un gran señor. Y, en tiempos de guerra, cuando una sola ráfaga de metralleta acababa con una compañía entera de valientes dispuestos a todo, solicitar la muerte de un hombre solo y esposado tenía algo de artesanal. Yo no creo que, cuando pedía y obtenía la cabeza de un pobre diablo que había acogotado a un cartero o destripado a su suegra, actuara movido por la crueldad. Tenía enfrente al desgraciado, esposado entre dos agentes, pero apenas lo veía. Miraba, por decirlo así, a través de él, como si ya no existiera. Destinat no se ensañaba con criminales de carne y hueso; defendía una idea, una sola idea, su idea del bien y del mal.

Al oír la sentencia, el condenado gritaba, lloraba, se desesperaba y a veces alzaba las manos al cielo, como si de pronto se hubiera acordado del catecismo. Pero Destinat ya no lo veía. Abría la cartera y guardaba sus notas, cuatro o cinco hojas de papel en las que había redactado sus conclusiones con letra menuda y pulcra y tinta violeta, un puñado de palabras cuidadosamente elegidas que casi siempre hacían estremecer al público y reflexionar a los jurados, cuando no estaban durmiendo. Unas palabras que habían bastado para levantar un cadalso en un abrir y cerrar de ojos, mucho más rápida y eficazmente que un par de carpinteros trabajando a destajo.

Destinat no tenía nada contra el condenado; ya no lo conocía. Pude comprobarlo con mis propios ojos al final de un juicio, en un pasillo: Destinat sale con su lustrosa toga aún puesta y sus aires de Catón y se cruza con el futuro novio de la guillotina, que lo increpa, quejoso. Aún tenía los ojos enrojecidos tras la lectura de la sen-

tencia, y seguro que en ese momento lamentaba los tiros de escopeta que había descerrajado sobre la tripa de su jefe. «Señor Fiscal —gimotea—, señor Fiscal...» Destinat lo mira a los ojos y, como si no viera a los guardias ni las esposas, le pone una mano en el hombro y le responde: «Sí, amigo mío... Porque ya nos conocemos, ¿verdad? ¿En qué puedo servirlo?» Sin asomo de ironía, con toda naturalidad. El otro se quedó helado. Era como una segunda sentencia.

Al acabar los juicios, Destinat iba a comer al Rébillon, frente a la catedral. El dueño es un hombre grueso con la cabeza como una endivia, amarilla y blanca, y la boca llena de dientes cariados. Se llama Bourrache. No es ningún lince, pero tiene el instinto del dinero. Nació con él. No es culpa suya. Siempre lleva un gran delantal de paño azul, que le hace parecer un tonel forrado. Estuvo casado con una mujer que nunca salía de la cama, debido a una postración, como dicen aquí, donde no es difícil encontrar a algunas que no distinguen las nieblas de noviembre de sus congojas. Ya murió, no tanto de la enfermedad a la que en definitiva había tenido que agarrarse, como de lo que pasó, del Caso.

En esa época, las tres hijas de Bourrache eran tres pequeños lirios, pero con una pizca de sangre pura que les coloreaba la tez hasta hacerla casi arder. La pequeña no había cumplido los diez años. Tuvo mala suerte. O quizá muy buena, quién sabe.

Las otras dos sólo tenían nombres, Aline y Rose, pero a la pequeña todo el mundo la llamaba «Belle» y algunos, que se las daban de poetas, incluso «Belle de Jour». Cuando las tres hermanas estaban en el comedor, llevando y trayendo cubiertos, jarras de agua y litros de vino entre decenas de hombres que hablaban sin tapujos y bebían sin moderación, se me antojaban flores olvidadas en una ta-

berna dudosa. La pequeña, sobre todo, parecía tan fresca que siempre la vi muy lejos de nuestro mundo.

Cuando Destinat entraba en el restaurante, Bourrache, que es hombre de costumbres, lo recibía con la misma frase, palabra por palabra: «¡Uno menos, señor Fiscal!» Destinat no respondía. A continuación, Bourrache lo acompañaba a su mesa. Porque Destinat tenía la suya, una de las mejores, que le estaba reservada todo el año. No he dicho la mejor porque ésa, que existía —estaba pegada a la enorme estufa de cerámica y dominaba toda la plaza del Juzgado a través de las cortinas caladas—, ésa, digo, era para el juez Mierck, un habitual. Venía cuatro veces por semana: no había más que verle la barriga, abombada hasta los muslos, y la cara, salpicada de acné rosáceo, como si todos los borgoñas que se bebía se le juntaran allí a esperar que los echaran. Mierck no apreciaba demasiado al fiscal, que le pagaba con la misma moneda. Puede incluso que con lo que acabo de escribir me quede corto, pero lo cierto es que todo el mundo los veía saludarse muy serios, sombrero en mano, como dos hombres a los que todo les separa pero que comparten el mismo menú.

Lo más curioso era que Destinat apenas iba al Rébillion y, sin embargo, tenía su mesa, vacía las tres cuartas partes del año, lo que representaba una considerable pérdida de ingresos para Bourrache, que no obstante no se la habría dado a nadie por nada del mundo, ni siquiera los días de feria grande, cuando todos los campesinos de la comarca acudían a empapuzarse después de haberles manoseado las ancas a las vacas y despachado un litro de aguardiente de ciruela desde el amanecer, y antes de ir a desfogarse al burdel de la tía Nain. La mesa permanecía vacía aunque hubiera gente esperando. Un día Bourrache llegó a echar a un tratante de ganado que se empeñó

en ocuparla, y el cual no volvió a aparecer por el restaurante.

«¡Más vale una mesa de rey sin rey que un cliente sentado con las botas llenas de estiércol!», gruñó Bourrache un día en que me dio por preguntarle.